

Ratzinger ha puesto el dedo en alguna llaga

Toni Comín

DIPUTADO DEL PARLAMENT DE CATALUNYA

¿De dónde extraer un criterio para decidir sobre la verdad de las cosas? ¿Dónde apoyarnos para distinguir entre el bien y el mal (la cuestión ética), entre la justicia y la injusticia (la cuestión política)? ¿Cuáles son los derechos de los valores (morales) y cuál el valor de los derechos (humanos)? ¿Quién tiene la razón cuando en los debates sociales, políticos, morales o científicos las razones de unos y de otros parecen irreconciliables?

Ratzinger ha puesto algún dedo en alguna llaga cuando ha elegido el relativismo como el enemigo cultural al que enfrentarse. Porque intuimos que en su cruzada hay algún elemento dogmático, premoderno, neoconservador que nos inquieta. Pero al mismo tiempo, si cuando Ratzinger se refiere al relativismo está pensando en una sociedad que, a falta de valores, ha hecho del consumismo el valor máximo, que ha convertido los centros comerciales en sus templos y la publicidad en su buena nueva,

¿cómo podemos estar radicalmente en contra de su clamor? ¿Es su crítica del relativismo una proclama en favor de “los valores del espíritu” en oposición a “los valores materialistas” característicos de la sociedad capitalista?

Sin embargo, nos tememos lo peor. Nos tememos que en la diatriba antirelativista el nuevo Papa está pensando, al mismo tiempo, en el aborto, o el matrimonio gay y las relaciones prematrimoniales, o en la ingeniería genética, la eutanasia y el divorcio libre, o quizás en la laicidad de las instituciones públicas. Todo ello en un *totum revolutum* que, a quienes pretendemos tener y mantener una visión de izquierdas del mundo, nos deja un tanto perplejos. ¿Es el relativismo la consecuencia de la falta de valores? ¿Es la familia la institución en la que más claramente se visibilizan las consecuencias de esta falta de valores? ¿Es la Iglesia la única fuente posible de estos valores que nos faltan?

NO MEZCLEMOS LAS COSAS

Es ahí donde, audaces, algunos intelectuales dispuestos a mantener encendidas la llama cultural de la izquierda, apuestan por la mayor: cuando Ratzinger ataca el relativismo, vienen a decirnos, está haciendo una enmienda a la totalidad de la modernidad misma y sus principios básicos, esto es, la libertad y el antidogmatismo.

Para salvar la modernidad, por lo tanto, no caigamos en la trampa ratzingeriana y, sin vacilaciones, adentrémonos, sí, en un elogio del relativismo.

Valiente intento, sin duda. Y acertado en su espíritu, a nuestro entender, pero no en su letra, ni mucho menos. La modernidad, en efecto, debe haber sido el mayor salto adelante que se haya dado nunca en la historia de la cultura occidental. Un salto de gigante, con perdón de todos nosotros, pobres posmodernos, pero con derecho a serlo.

Sin embargo, que esta constatación histórica no nos haga caer en la trampa de Ratzinger. Lo propio de la modernidad nunca fue el relativismo, sino la crítica. Desde Descartes a Marx, pasando por Kant: la crítica como método para encontrar la verdad. Una verdad suficiente, compatible con el resto de seres humanos, defendible racionalmente. Y ello, para la modernidad, valía tanto para la verdad científica, como para la verdad moral o la verdad social y política.

La razón moderna, por lo tanto, se enfrenta por igual al dogmatismo y al relativismo. De hecho, ya lo dijo un griego, la virtud está en el justo punto medio entre dos extremos, uno por exceso y el otro por defecto. En el extremo del exceso —del exceso de verdad— está el dogmatismo, representado hoy por el neofundamentalismo religioso, más o menos ilustrado en sus formas pero igualmente cerrado en sus propósitos, ya sea cristiano, islámico o hindú. En el extremo del defecto —del defecto de verdad— está el



Benedicto XVI visto

S. Gammella

relativismo que, en este cambio de milenio, ha sido promulgado por una posmodernidad que acaba siendo la mejor coartada para un capitalismo consumista que, nuevamente hace de la razón tecnológico-instrumental la razón última de todo proyecto social. El capitalismo sin valores fuertes acaba por estructurarse así como un proyecto de dominación de los no poseedores por parte de los propietarios —ya sea de capital o, en nuestros días, de conocimiento útil al progreso productivo.

Como bien denunció Walter Benjamin, en la sociedad moderna, hay un dios siempre dispuesto a suplantar a los demás: el dinero. El capitalismo, explicó, funciona como una religión. No olvidemos que la modernidad consiguió convertir la ciencia y la técnica en la llave del milagro económico y de una prosperidad material —mal repartida, eso sí— sin precedentes en la historia. Probablemente por esto, cuando el hombre (moderno) decreta la muerte de los valores (modernos), la sociedad moderna siempre encuentra uno en la recámara dispuesto a tomarles el relevo: el dinero. De ahí, de hecho, la poca justicia del reparto.

Así, la razón genuina, es decir, la razón crítica, combate tanto el dogmatismo como el relativismo. El problema es que la razón moderna, al vencer la batalla contra el dogmatismo religioso medieval, adquirió ella misma los vicios de esa era dogmática, sin apenas darse cuenta. En el largo o corto trayecto, según se mire, que va del siglo XVI al siglo XX, las ideologías modernas, ya fuera el liberalismo, el socialismo o el nacionalismo, se erigieron en auténticas religiones, con sus instituciones clericalizadas y sus sagradas escrituras, se convirtieron en cosmovisiones cerradas, perfectas, reveladas por sus respectivos profetas fundadores. Por esto, en el siglo XX, la modernidad naufragó: porque se había traicionado un tanto a sí misma. Nació contra el dogmatismo (medieval) y ella misma se hizo dogmática.

Pero la solución a todo esto no es abrazar el relativismo, porque con ello perderemos la modernidad toda entera. La solución es aplicar a la propia modernidad el método moderno: aplicarle la razón crítica, para desdogmatizarla. Y devolverla a su propósito originario: la emancipación de la humanidad toda, mediante el ejercicio de la razón. Emancipación política, económica y cultural.

LA LLAVE DE LA VERDAD

Porque, ¿cuál es, a fin de cuentas, la diferencia entre el dogmatismo (religioso), el relativismo (posmoderno) y la crítica (ilustrada)? El relativismo no cree que haya método alguno que nos permita decidir qué es la verdad. Por supuesto, para él no lo hay para decidir sobre la verdad moral, pero un relativista consecuente debería decirnos que no lo hay siquiera para la verdad científica. Un dogmático, en cambio, cree que tiene la llave de la verdad. Alguna revelación —ya sea de un credo religioso, o de una ideología moderna convertida en credo— le ha concedido, normalmente en monopolio, la última palabra en la interpretación de las cosas y de las normas.

La razón crítica, en cambio, busca la verdad a través del diálogo, a través de la deliberación, a través del contraste de argumentos, “claros y distintos”. Avanza, pues, entre dos extremos viciosos que, el uno por defecto y el otro por exceso, acaban por impedir siempre llegar a la verdad. Pero la verdad, lo que es existir, existe. Otra cosa es que sea frágil.

Dicho en román paladío, y sin ánimo de ofender a nadie: ¿qué mejor aliado de la derecha neoconservadora y anticuada, que hace de la familia el campo preferido de su debate político, que una derecha moderna y liberal, defensora a ultranza del mercado y su aquelarre de consumo materialista? Los lobos, insistimos, en verdad son aliados. Se complementan bastante bien. Los neoconservadores van contra la izquierda (cultural) porque tiene una visión moderna de la familia: porque piensa que la gente tiene que estar

junta porque se quiere; que el sexo no es pecado ni tiene porque estar exclusivamente al servicio de la reproducción de la especie —aunque, ya puestos en el tema, permítaseme decir que tampoco es cosa de convertirlo en el amo y señor de nuestras vidas. Los liberales van contra la izquierda (económica) porque tiene una visión social de la economía: porque cree que la propiedad privada de los medios de producción no es un medio sino un fin y sólo tiene razón de ser cuando sirve a su finalidad social; que la riqueza económica está para satisfacer las necesidades de todos los ciudadanos, empezando por sus derechos sociales, etc.

Si la izquierda desorientada no se da cuenta de esta alianza, Caperucita irá a menos y los lobos se irán repartiendo sus despojos. La izquierda que prioriza la cuestión social, aterrorizada ante las fauces de una derecha liberal insensible a la desigualdad, acabará cobijada bajo el manto democristiano cuando Ratzinger apele a la dimensión social del mercado. La izquierda partidaria de la libertad cultural, hastiada ante la estrecha y miope moral familiar conservadora, acabará por aliarse con los liberales de día, en los despachos, con tal de garantizar que sean también liberales de noche, en las casas.

No caigamos, pues, en la dictadura relativista posmoderna, que al fin y al cabo es la mejor aliada de la cultura consumista; ni caigamos en la dictadura premoderna, encarnada en todas aquellas instituciones que se autoproclaman poseedoras de la verdad revelada. Las dos son incompatibles con una izquierda que busca, por un lado, la justicia económica y social —esto es, la igualdad real de oportunidades para todos— y, por el otro, busca una libertad cultural y moral que permita a las personas conquistar el sentido de sus vidas a través de la experiencia. Y no a través de valores revelados desde las altas instancias, tan altas que acaban por ser inalcanzables a la crítica de la razón, como suele ocurrir con las posiciones vaticanas sobre moral familiar, por poner un ejemplo.

Sin embargo, tampoco, por todo lo dicho, podemos aferrarnos a una modernidad ya superada, precisamente porque fue poco moderna y todavía demasiado medieval. Así, ¿si ni modernidad (dogmatizada), ni premodernidad (fundamentalista), ni postmodernidad (relativista), con qué diablos nos quedamos? Muy sencillo, nos quedamos con lo dicho: con una modernidad capaz de superar sus derivas perversas. Llámela como quieran. Más allá de los nombres, lo mejor es acertar las preguntas: ¿Qué es lo propio de la posición moderna que debemos mantener? ¿Qué es lo propio de esa posición que debemos superar?

Véase pues la paradoja: es por echar del todo la lógica medieval del campo de juego por lo que la modernidad se acabó comportando, ella misma, de un modo un tanto medieval. Es decir, poco laico. ¿Será, pues, que para salvar la naturaleza laica, crítica, de la razón moderna —para salvar, en fin, su racionalidad— es necesario devolverle a lo religioso su justo espacio? Por ahí van nuestros tiros: la razón sólo es razón, sólo es crítica, sólo evita su dogmatización, si no pretende sustituir a la religión en lo que no le corresponde. Nadie se confunda: no se trata de recuperar lo religioso porque la razón crítica, la razón moderna, ha fracasado y por tanto hay que sustituirla por alguna forma remozada de neodogmatismo, de neoconservadurismo o algo similar, para sustituir a aquella. No: no se trata de sustituir la razón, sino todo lo contrario. Se trata de recuperar, en cierto sentido muy particular, lo religioso, porque bien pudiera ser que sólo por medio de esta muy particular recuperación se pueda salvar el carácter propiamente crítico de la razón y, por lo tanto, sólo así mantener vivo el propósito originario de la modernidad. Tal como suena: pudiera ser que para reemprender el proyecto filosófico moderno —y su traducción al plano político en un proyecto de emancipación social— sea necesario hacer que la razón dialogue y se confronte con el discurso religioso, en el bien entendido de que éste tiene algún significado irreductible a la razón moderna. Y ello sin hacerle el juego al dogmatismo. Ardua tarea, pero probablemente apasionante. □